

EL LEGADO DE LA GUERRA

LA CARRERA POLÍTICA DE LOS OFICIALES DEL EJÉRCITO AUXILIAR DEL PERÚ: ABRAHAM GONZÁLEZ Y EL GOBIERNO DE TUCUMÁN (1816-1821)¹

LEGACY OF WAR. THE POLITICAL CAREER OF PERUVIAN AUXILIARY ARMY OFFICERS:
ABRAHAM GONZALEZ AND THE GOVERNMENT OF TUCUMÁN (1816-1821)

Alejandro Hernán Morea²

Palabras clave *Resumen*

Política, Oficiales, Tucumán, Carrera, Ejército

El proceso revolucionario en el Río de la Plata y las llamadas guerras de independencia que tuvieron lugar a raíz de él, transformaron los ejércitos, las milicias y sobre todo a los hombres que integraron las distintas fuerzas militares conformadas por los gobiernos revolucionarios en actores principales del proceso. El protagonismo de algunos de ellos se extendió más allá de los campos de batalla, por lo que lograron construir importantes carreras políticas o convertirse en funcionarios de gobierno durante la revolución y el período de las autonomías provinciales. Este fue el caso de muchos de los que conformaron la oficialidad del Ejército Auxiliar del Perú. Aquellos militares, como Abraham González, que logró ser gobernador de Tucumán en 1821, supieron construir carreras políticas exitosas gracias al liderazgo entre sus compañeros de armas, pero sobre todo debido a las redes de relaciones construidas en el interior del ejército y con las elites de las sociedades en las que se insertaban.

Recibido
24-11-2015
Aceptado
26-4-2016

Abstract

Key words

Politics, Officers, Tucumán, Career, Army

The revolutionary process in Rio de la Plata region and the so called wars of Independence that followed it changed armies, militias, and above all the men who integrated the various military forces formed by the revolutionary governments into main actors in this process. The role of some of them extended beyond the battlefield, so they managed to build significant political careers or to become government officials during the revolution and the provincial autonomy periods. This was the case of many of those who were officers in the Peruvian Auxiliary Army. Those military, like Abraham Gonzalez, who managed to be governor of Tucumán in 1821, were able to build successful political careers through the leadership among his fellow soldiers but mostly because of the relationship networks built within the army and with the elite of the societies in which they were inserted.

Received
24-11-2015
Accepted
26-4-2016

1 El presente trabajo es una adaptación de algunos de los temas centrales abordados en mi tesis de doctorado, De militares a políticos. Los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú y la carrera de la revolución, 1816-1831. Ésta fue desarrollada en el marco del Doctorado en Historia de la Universidad Nacional del Centro y fue defendida el 29 de noviembre de 2013. Agradezco a mi directora, la Dra. Valentina Ayrolo, su acompañamiento, sus lecturas, sugerencias, recomendaciones y, sobre todo, su apoyo constante.

2 CONICET / Centro de Estudios Históricos, Universidad Nacional de Mar del Plata. Dirección: Termas de Río Hondo 392, 7600 Mar del Plata. Email: alemorea@hotmail.com.

CONSIDERACIONES INICIALES

La renovación en los estudios historiográficos ocurrida en los campos académicos argentino y sudamericano ha construido un cuadro más complejo de los procesos revolucionarios de principios del siglo XIX en el marco de la crisis de la monarquía española. Entre las problemáticas que han recibido una creciente atención por parte de los historiadores, se encuentra el abordaje de lo que usualmente se conoce como guerras de independencia. En los primeros trabajos que se propusieron renovar la mirada sobre las revoluciones hispanoamericanas, el fenómeno de la guerra había quedado relegado. Sin embargo, la aparición de algunas investigaciones pioneras han puesto de relieve la necesidad de estudiar con mayor detenimiento cuestiones como lo ocurrido en los campos de batalla con los hombres que integraron las fuerzas militares regulares e irregulares, la vinculación entre disputas políticas y la actividad militar, el impacto del paso de los ejércitos por los pueblos, entre otras cuestiones (Di Meglio 2006, Fradkin 2010, Mata 2004, Bragioni 2005, Macías 2008). La aparición de una multiplicidad de trabajos que abordan estos tópicos abrió la puerta para comenzar a hablar de lo que podríamos denominar, de forma provisoria y ante la falta de una definición clara, una *historia social de la guerra*.

Este nuevo interés de los investigadores en cuestiones vinculadas con la guerra se relaciona con el impacto que produjo en la sociedad rioplatense la cantidad de hombres movilizados durante la contienda revolucionaria y con los posteriores enfrentamientos entre los estados provinciales en los que se fragmentaron las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pero la militarización de la sociedad no sólo remite a la cantidad de hombres enrolados, sino a los cambios que introdujo la aparición de la actividad bélica en el comportamiento de los hombres, en la forma de dirimir conflictos y tensiones e incluso en el funcionamiento del orden social (Rabinovich 2012, Míguez 2003).

Estas temáticas se insertan en una discusión mayor dentro del campo historiográfico, vinculada con el desarrollo de la política como una actividad en sí misma o, al menos, con mayor autonomía e importancia que en el período colonial. Entre estas transformaciones, algunas de las que más atención han recibido fueron el ingreso de nuevos actores a la disputa política y la reconfiguración de las credenciales necesarias para que aquellos que tradicionalmente habían estado al mando de los cargos ejecutivos, legislativos, etc., continuaran en estas funciones en el nuevo marco republicano (Fradkin 2008, Mata 2008, Bragioni 2008, Ayrolo 2008). Nuestro trabajo, por lo tanto, es resultado del cruce entre estas dos vertientes de análisis: la historia social de la guerra y la historia política renovada.

Al analizar lo ocurrido con el Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia, al repensar su actuación militar y política y dar cuenta de la composición de su cuadro de oficiales, pretendemos recorrer algunos de los caminos de esta nueva historia de la guerra. Al mismo tiempo, pretendemos dar cuenta de uno de los legados más importantes de las guerras de independencia: la participación de los guerreros

de la independencia en la actividad política durante el período de las autonomías provinciales.

En nuestra historiografía, esta idea se hizo presente con mucha fuerza gracias a lo que Tulio Halperin Donghi (1972, p. 215) definió, inspirándose en Tomás de Iriarte, como la “carrera de la revolución”. La imagen más extendida es que aquellos hombres que hicieron del servicio público una profesión buscaban, a través del ejercicio de distinto tipo de cargos y funciones al servicio de la patria, el ascenso social, pero sobre todo una forma de ganarse la vida.

La participación de militares en el ejercicio de cargos ejecutivos no es una innovación del período: con las reformas borbónicas se acentuó la presencia de oficiales de la marina y sobre todo del ejército en distintos puestos de la administración colonial; esto también se pudo ver en el período revolucionario. La novedad, en cambio, reside en la lógica por la cual llegaron a ocupar esos lugares y es esto lo que este artículo busca desentrañar.

No existió un único camino para lograr el progreso individual mediante el servicio público, el servicio a la patria. Los recorridos fueron múltiples. Si es posible ver pasos similares entre aquellos oficiales que lograron acceder a cargos de gobierno y ocupar lugares importantes en la administración, lo cierto es que en los horizontes de cada uno de ellos también existieron diferencias. Para algunos de estos oficiales la “carrera de la revolución” culminaba con el acceso a la gobernación de los estados provinciales; sin embargo, para la mayoría, implicó destinos no tan rutilantes, pero, considerado el contexto, no menos importantes.

Al recuperar lo ocurrido con el capitán Abraham González, pretendemos problematizar esta cuestión. Al dar cuenta de la forma en que los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú se transformaron en actores políticos relevantes en este período, podremos ver cómo lograron transformar sus trayectorias militares en carreras políticas en los Estados provinciales surgidos al calor del derrumbe del Estado central en 1820.

La elección de González responde a que quizás haya sido uno de los oficiales revolucionarios que mayor rédito logró sacar de su paso por ese ejército. Mencionado fugazmente en los relatos historiográficos más clásicos, sobre todo por los tucumanos, es bastante poco lo que sabemos sobre su actuación. Bartolomé Mitre (1942, III, p.171), al explicar el motín encabezado por González que tuvo lugar en Tucumán el 11 de noviembre de 1819 en contra del gobernador Feliciano de la Mota Botello, se refiere a él en estos términos: “...un hombre vulgar, gran charlatán y de malas costumbres nacido en la Banda Oriental...”. Por su parte, el historiador tucumano Ricardo Jaimes Freyre (1911, p.118), en su clásico estudio sobre la República de Tucumán, también se hizo eco del relativo anonimato que envolvía a Abraham González hasta la noche en que lideró la sublevación de la guarnición militar dejada en San Miguel por el comandante del Ejército Auxiliar del Perú; dice: “...no surge con mucha claridad de los documentos de los archivos, ni de las memorias de la época, la figura de este personaje que tan alta y fugaz influencia tuvo en los destinos de la provincia y aun en los destinos de la nación

por el movimiento revolucionario que acaudilló en 1819...". Es posible, no obstante, realizar un rastreo más detallado de su trayectoria para entender por qué González lideró la sublevación militar que pondría fin a la autoridad del Directorio en Tucumán y cómo logró, además, ser una de las figuras más relevantes de la política local. Una mirada atenta al contexto, a la situación del Ejército Auxiliar en 1816 y a la actuación de Abraham González desde su incorporación a esta fuerza militar nos servirán para entender lo ocurrido.

En este artículo, intentaremos demostrar que la posibilidad de acceder a distinto tipo de recursos ligados a la posesión de una red de relaciones resultó fundamental para quienes buscaron abrirse paso en el juego de la política (Bourdieu 2011a, p. 221). Aquellos que supieron acumular capital cultural y social durante los años que estuvieron integrados al Ejército Auxiliar lograron, gracias a ello, insertarse en los espacios de poder provinciales a lo largo de la década de 1820 (Bourdieu 2011a, Bourdieu 2011b). El caso de Abraham González se enmarca en el de los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú que sacaron provecho del *capital social* acumulado durante las guerras de independencia para la construcción de sus *carreras de la revolución*. Veremos cómo la densidad y la profundidad de sus vínculos con algunos actores importantes de la sociedad tucumana y con integrantes del mismo ejército resultaron claves para explicar la centralidad de González entre 1819 y 1821. Si hasta esa primera fecha no había tenido una actuación destacada, su capacidad de liderazgo quedó probada en el motín y en su encumbramiento político posterior.

Pero para poder ver el rol que jugó el *capital social* incorporado por este oficial, es necesario que enmarquemos su actuación en un contexto más general. Por ello, daremos cuenta, en primer lugar, de la presencia de los hombres de esta fuerza militar en cargos políticos y administrativos durante el período revolucionario y el de las autonomías provinciales. Posteriormente, podremos adentrarnos en su figura y, al recuperar su trayectoria militar y política, demostrar el peso que tuvieron las redes de relaciones personales tejidas por los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia en la construcción de sus *carreras de la revolución*.

GUERREROS DE LA REVOLUCIÓN Y ¿FUNCIONARIOS DEL ESTADO?³

Tulio Halperin Donghi (1972, p. 204) ha sostenido que los militares se convirtieron en el primer estamento del naciente Estado, desplazando en importancia a comerciantes,

3 Los datos presentes en este artículo fueron extraídos de nuestra tesis doctoral, donde realizamos una reconstrucción del cuerpo de oficiales. Para eso, diseñamos una base de datos en la que volcamos diferentes datos construidos mediante la consulta de las situaciones de revista del Ejército Auxiliar del Perú, distintos diccionarios biográficos y demás fuentes primarias y secundarias que nos sirvieron para intentar construir una biografía colectiva de aquellos que se desempeñaron como oficiales de esa fuerza (Morea 2013a). Algunos de los fundamentos con los que construimos esta base y los resultados de los análisis que realizamos con ella también se pueden consultar en Morea 2013c.

magistrados o integrantes del cabildo. La desaparición de muchas de las viejas corporaciones y estructuras burocráticas de la monarquía transformó el ejército en una de las pocas instituciones que no sólo sobrevivió a las llamadas Guerras de Independencia, sino que se vio fortalecida. Al quedar ligado el éxito de la revolución a la suerte de la guerra, los jefes militares confirmaron el lugar protagónico que venían ocupando en el proceso desde el inicio mismo de la revolución. Esto se puso de manifiesto en la gran cantidad de jóvenes que se volcaron masivamente a la carrera militar, ya que, a diferencia del período colonial, se transformó ésta en una posibilidad atractiva; especialmente si tenemos en cuenta que el desmembramiento del viejo aparato burocrático de la corona y la debilidad del nuevo Estado transformaron a los oficiales del ejército en el cuerpo de funcionarios más importante de la revolución, como ha señalado Gabriela Tío Vallejo (2001, p.261).

Durante la revolución, las autoridades recurrieron a distintos oficiales milicianos y veteranos para que ocuparan todo tipo cargos y para que desempeñaran diversas funciones administrativas y políticas en las provincias, en las dependencias de frontera o en Europa. Esta tendencia continuó con la caída del poder central y la desintegración de los ejércitos independentistas. En algún punto, lo ocurrido no debe sorprendernos si pensamos en el rol que desempeñaron los oficiales del ejército español a partir de las reformas borbónicas. Michel Bertrand (2004, p. 532) ha señalado que, con la creación de las Intendencias en 1785, se dio una mayor integración de las estructuras militares al resto del sistema administrativo civil, con la intención de tener un control más estrecho de las realidades locales. Los nuevos funcionarios eran reclutados en el ejército y sobre todo en la infantería. Según Bertrand, esta situación transformó el ejército en el principal formador y proveedor de competencias para los funcionarios coloniales. Los primeros gobiernos revolucionarios no hicieron entonces otra cosa que continuar con una práctica anterior.

Luego del levantamiento de Arequito y tras la caída del poder central, por iniciativa propia o por interés de las elites de los pueblos y las ciudades del interior a los que regresaban, muchos oficiales del Ejército Auxiliar del Perú empezaron a desarrollar todo tipo de funciones políticas, administrativas y militares.⁴ No contamos con datos completos para el período revolucionario ni para el de las autonomías provinciales por la fragmentación y la dispersión de las fuentes de información. No obstante, los datos obtenidos en nuestro trabajo de investigación nos permiten aproximarnos a este fenómeno y evaluar su magnitud. Por eso, antes de avanzar sobre la cuestión referida a la forma en que Abraham González logró construir su carrera política en Tucumán, es importante que tratemos de identificar cuántos fueron los oficiales que ocuparon posiciones políticas y de gobierno y de qué tipo, durante la revolución, para después comparar con lo que sucedido a partir de 1820.

4 Para ver la trayectoria de algunos de los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú, se puede consultar (Ayrolo, Lanteri y Morea 2011).

*Los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú
y su participación en el gobierno durante la revolución*

Al repasar lo ocurrido durante el proceso independentista, es posible ver que el gobierno central recurrió asiduamente a los oficiales del ejército para que ocuparan cargos que transcendían las funciones estrictamente militares. No es extraño, entonces, que muchos de los hombres del Ejército Auxiliar del Perú, antes y después de pasar por sus filas, hayan tenido responsabilidades en otras esferas del gobierno durante la revolución. No obstante, la mayoría de los oficiales de tal ejército no ejerció funciones políticas o de gobierno durante la revolución.

El trabajo realizado en nuestra tesis doctoral, nos permitió ver algunas cuestiones. Por un lado, que la mayoría de los oficiales ejercieron una única función política o de gobierno en la estructura del nuevo Estado durante la revolución. Por otro lado, que estos hombres ocuparon, sobre todo, cargos ejecutivos con atribuciones militares y, en menor medida, aquellos de una naturaleza diferente, como los legislativos. Finalmente, que este grupo representa casi el 20% de los 208 hombres que pudimos identificar en nuestra reconstrucción del cuerpo de oficiales. Igualmente, veremos que, si bien es un número importante, es un poco menor al compararlo con lo que ocurriría luego de 1820. En el período de las autonomías provinciales encontramos que esa cifra llega al 23%.

Así como durante el proceso revolucionario algunos de estos hombres ejercieron más de una función de gobierno, esta tendencia parece pronunciarse a partir de 1820. Sin embargo, este incremento en la cantidad de personas que se desarrollaron en más de un empleo puede ser explicado. Aunque algunos de estos hombres ya habían ocupado puestos en la administración o en el gobierno entre 1810 y 1820, el hecho de extender nuestra periodización hasta 1862, permite que veamos cómo fueron incorporándose a la esfera pública hombres que durante largos períodos de tiempo se habían mantenido alejados de ella. Llevar nuestro recorte temporal hasta una fecha tan avanzada del siglo XIX también nos permite dar cuenta del arraigo de estos oficiales en la actividad política de las provincias a las que se integraron, cuestión que facilitó que desempeñaran diversos cargos a lo largo de esos años.

Con todo, estas cifras nos demuestran que un grupo importante de estos oficiales fueron considerados para ocupar posiciones significativas en distintos espacios de toma de decisiones y de gobierno. Pero para poder avanzar en las motivaciones, vínculos e ideas que llevaron a los distintos gobiernos revolucionarios y provinciales a elegirlos, creemos necesario analizar primero si existió una correlación entre los espacios donde ejercieron estas funciones y su lugar de nacimiento. Entendemos que lo espacial y relacional puede ofrecer una clave interesante para tratar de construir una respuesta a la pregunta sobre su elección. Circunscribiremos nuestro análisis a algunas de las funciones de gobierno de cada período, que –consideramos– fueron las más representativas por el nivel de decisiones que conllevaban. En estos cargos y puestos, la variable espacial, en principio, parece resultar central.

Una de las cuestiones que podemos señalar es la fuerte presencia de hombres nacidos en Buenos Aires que ocuparon las principales funciones de gobierno en la mayoría de las jurisdicciones del interior de las Provincias Unidas del Río de la Plata durante el período revolucionario (1810-1820). Respecto de los gobernadores y los tenientes de gobernadores, podemos decir que el 77% de los oficiales del Ejército Auxiliar que ocuparon estos cargos lo hicieron en espacios a los que no estaban vinculados por nacimiento. Esta tendencia se repite también al dar cuenta del origen de los comandantes de armas o de frontera. Sobre 12 casos, solo Juan Felipe Ibarra fue funcionario en su provincia de origen, Santiago del Estero, cuando se desempeñó como comandante general de frontera entre 1817 y 1820.

La existencia de un gobierno central, con un alto grado de centralización administrativa y con la autoridad suficiente para la designación de funcionarios, explica en parte que no poseamos una fuerte correspondencia entre el lugar de nacimiento y el de ejercicio del cargo de los dirigentes revolucionarios. Esto es claro, sobre todo, en aquellas funciones o cargos como los de gobernador, teniente de gobernador,⁵ comandante militar, que, hasta la sanción del Reglamento Provisorio, no estaban ligadas a la elección de los vecinos, como podía ocurrir, en cambio, con los de diputados a la Asamblea del año XIII o del Congreso de Tucumán.

No obstante, es interesante mencionar que en este aspecto también podemos trazar un paralelo con el período colonial. Esta forma de proceder puede haber respondido a la lógica de las reformas borbónicas, que buscaron nombrar funcionarios que no tuvieran relaciones previas en los destinos para los cuales eran nombrados, a fin de que cumplieran mejor sus obligaciones.

Para el caso de los oficiales que actuaron como representantes de otros espacios en la Asamblea del año XIII o el Congreso de Tucumán, es posible encontrar, además, otras explicaciones. No podemos descartar que en la elección de estos hombres hayan pesado motivos tales como las relaciones familiares o comerciales de ellos mismos o de sus familias con los espacios por los cuales fueron elegidos, o la simple imposibilidad de costear el sostenimiento de un representante en Buenos Aires. A esto podríamos sumar la decisión de apostar por aquellos hombres que se habían especializado en los vericuetos de la legislación española, en lidiar con los tejidos formales e informales del poder, gracias a que residían en la ciudad que había sido sede del gobierno y centro administrativo del virreinato y que continuaba siéndolo de las Provincias Unidas. En síntesis, para los diez años del ciclo revolucionario, no parece haber un vínculo necesario o al menos excluyente entre lugar de ejercicio de la función de gobierno y lugar de nacimiento.

5 Si en algunas ocasiones el gobierno central se apoyó en vecinos notables para que se desempeñaran como gobernadores y tenientes gobernadores, en la mayoría de los casos se optó por personas en las cuales se confiaba. Esta situación, en muchas ocasiones, generó inconvenientes entre las autoridades centrales y las elites locales, que aspiraban a tener un mayor grado de participación en la elección de sus autoridades.

Los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú durante las autonomías provinciales

A la exploración de los cargos que ocuparon los oficiales durante el período revolucionario, agregaremos los de integrante de legislaturas o salas de representantes para los años posteriores a 1820. El cambio de período y de espacio de representación responde, en parte, al hecho de que éste era el órgano colegiado donde residía parte de la nueva soberanía política de las provincias. Pero también a que estas instituciones reflejaban la distribución territorial de esa soberanía, que es una de nuestras variables de análisis.

Al estudiar a los oficiales del Ejército Auxiliar que tras 1820 cumplieron funciones de gobernador, podemos ver que algunos de ellos lo fueron de más de una provincia y que no siempre hubo correspondencia entre lugar de nacimiento y lugar de ejercicio del gobierno. En realidad, existe una paridad importante entre ambos grupos. Hay 11 casos de oficiales que fueron gobernadores fuera de sus provincias de origen contra 13 casos donde sí existió esta correspondencia.

Esta simetría no se manifiesta al analizar a los oficiales que se desempeñaron como diputados o representantes en las distintas legislaturas o salas de representantes de las provincias. Sobre 15 oficiales que encontramos actuando como representantes en este período, 10 lo hicieron en sus provincias de origen, por lo que tenemos una correspondencia mucho más importante entre lugar de nacimiento y representación. Al analizar el grupo de oficiales que ejerció como comandante militar, de frontera o general de armas, en la mayoría de los casos lo hicieron en el interior y realizaron estas funciones en sus provincias de origen. Sólo 4 de los 14 oficiales que ocuparon estos puestos lo hicieron en otras provincias. Por el contrario, dentro del grupo de oficiales que participaron del Congreso convocado en 1824, la situación se asemeja más a lo que ocurre con los gobernadores. No se observa una tendencia clara con respecto a la relación entre la elección de los candidatos y su vínculo con el territorio. Aquí pueden haber incidido factores similares a los que señalamos respecto de la Asamblea del año XIII o el Congreso de 1816, pero también cierto desinterés por parte de algunas provincias en enviar representantes, como efectivamente ocurrió, o dificultades económicas que impedían financiar el traslado de los sujetos elegidos en el ámbito provincial.

Resulta interesante, entonces, preguntarse acerca de cómo estos “foráneos” lograron insertarse en las estructuras de poder local y por qué motivos se les permitió ocupar los cargos de gobernador, de diputado al Congreso de 1824 o incluso de legislador, o desempeñar cualquier otro cargo administrativo ligado al gobierno. A diferencia del período anterior, en el que la potestad del poder central para designar autoridades en el resto de los territorios influyó para que muchos oficiales fueran designados en cargos fuera de sus provincias, durante las autonomías provinciales, los factores fueron otros.

Los gobiernos revolucionarios y los oficiales encargados de conducir este ejército encontraron muchas dificultades para conformar un cuerpo de oficiales con sólida formación y con amplios conocimientos militares (Morea 2011). Pero aquellos que permanecieron largos períodos de tiempo entre sus filas adquirieron un saber específico

y técnico lo suficientemente profundo para permitirles diferenciarse de aquellos hombres que no participaron de la revolución empuñando las armas. Aunque no podemos descartar el peso que pueden haber tenido la personalidad de estos hombres o su carisma, pondremos el acento en otras cuestiones. En el agitado contexto político desatado con la caída del poder central, para la mayoría de los nuevos Estados provinciales resultaba imperioso contar con hombres capaces de formar y conducir las fuerzas provinciales. Este “capital cultural”, desarrollado a lo largo de los años, y las redes de relaciones tejidas en ese mismo período, les facilitará insertarse en las estructuras de poder local.

TRAYECTORIA MILITAR, LIDERAZGO Y REDES DE RELACIONES EN LA CARRERA DE ABRAHAM GONZÁLEZ

Una carrera militar sin estridencias

Nacido en 1782 en Concepción, en las Misiones Orientales, a pesar de haberse sumado a las fuerzas de la revolución desde el inicio mismo del proceso independentista, González no parece haber tenido una actuación militar muy destacada hasta 1819 (Cutolo 1970, vol. 2, pp. 363). En 1811 se unió a las tropas del gobierno de Buenos Aires que sitiaban las fuerzas fidelistas en Montevideo, como portaestandarte del Regimiento de Infantería N° 4; y para 1814 había alcanzado el grado de teniente. Integrado a las fuerzas destinadas a la Banda Oriental, tuvo participación activa en la victoria del Cerrito bajo la conducción de José Rondeau y participó de la rendición de Montevideo con Carlos María de Alvear.

Se incorporó al Ejército Auxiliar del Perú recién en 1814, como parte de los refuerzos que destinó el gobierno antes que se abriera la que después sería conocida como tercera campaña al Alto Perú, a las órdenes del general Rondeau. Ya integrado a esta expedición, participó en el combate que tuvo lugar en las pampas de Sipe-Sipe, en noviembre de 1815, que resultó una derrota catastrófica para las armas de la revolución. Luego de este revés, mientras el ejército inició su retroceso hasta Tucumán, González permaneció en Jujuy, enfermo. Posteriormente, se reintegró al Ejército Auxiliar en 1816, cuando éste ya se encontraba acantonado en San Miguel de Tucumán.

A partir de ese momento, es difícil obtener información que nos permita analizar el desempeño y la actuación militar de González. Su escaso movimiento entre 1816 y 1819 parece haber coincidido con la aparente “inactividad” del Ejército Auxiliar del Perú. Sabemos, pese a las creencias generalizadas, que esta fuerza no estuvo fuera de combate y, por el contrario, resultó fundamental para que el Directorio lograra controlar la situación política en el interior de las Provincias Unidas (Morea 2012). Pero también es cierto que no todos sus efectivos estuvieron involucrados en las acciones que en 1816 y 1817 tuvieron lugar en Córdoba, Santiago del Estero y La Rioja ni en los enfrentamientos con las tropas de López en 1818 y 1819.

En ninguno de estos combates e intervenciones del Ejército Auxiliar del Perú, González parece haber participado. Tampoco lo hizo en la expedición que comandó Aráoz de Lamadrid sobre el Alto Perú en apoyo de las fuerzas de Güemes en 1817. Quizás lo más destacado de su carrera, en esa etapa, haya sido que en marzo de 1817 fue designado para actuar como vocal en el Tribunal Militar en las causas seguidas contra integrantes de la tropa, para lo cual fue elegido nuevamente en enero de 1819 (Museo Mitre 1917, p. 353). Sin embargo, este período de tiempo coincidió con el momento de mayor actividad de González. Fue entonces cuando construyó y consolidó las redes que le permitieron en 1819 ser la cabeza del motín que separó a Mota Botello del gobierno de Tucumán y se convirtió en un apoyo importante para Bernabé Aráoz.

LA IMPORTANCIA DE LAS REDES: EL MATRIMONIO CON CATALINA Y EL LIDERAZGO EN EL INTERIOR DEL EJÉRCITO AUXILIAR

La larga permanencia de casi tres años, entre 1816 y 1819, del Ejército Auxiliar del Perú en Tucumán transformó a sus hombres en parte del paisaje habitual de la sociedad tucumana. Tanto los oficiales como los soldados se integraron a los distintos espacios de sociabilidad local y participaron de reuniones, tertulias, bailes, fiestas religiosas y cívicas, etc. Este contacto cotidiano fue el que permitió que muchos militares de esta fuerza concretaran casamientos con las hijas de las familias de la elite local e iniciaran una progresiva integración a dicha sociedad que también incluyó la compra de bienes inmuebles, la solicitud de tierras al gobierno o la adquisición de esclavos (Morea 2013b). Según Jorge Myers (1999, 114–115), en el contexto revolucionario, la noción de elite estaba experimentando cambios en función de la creencia que tenía la mayoría de la población de que la pertenencia a ella ahora dependía de la posesión de algún mérito individual. Esto produjo también una resignificación de los matrimonios al calor de la nueva coyuntura.

Los casamientos de las hijas de la elite con los oficiales de los ejércitos revolucionarios comenzaron a ser percibidos y a exteriorizarse como una muestra de compromiso con la causa revolucionaria y con los valores promovidos por ella, legitimando y reafirmando la pertenencia a la elite. Como ha señalado Jean Pierre Dedieu (1994, p. 323), el individuo solo no existe desde el punto de vista histórico para la sociedad decimonónica, por lo que el avance social de las familias se profundiza mediante el ensanchamiento del círculo de sus alianzas matrimoniales. Este es el contexto en el que González contrajo matrimonio con la hija de una de las familias más importantes de la elite tucumana.⁶

El casamiento de Abraham González con Catalina de Lamadrid y Aráoz, en 1816, parece haber sido la llave de ingreso a la facción de la elite tucumana que se encolumnaba detrás de la figura de Bernabé Aráoz. Aunque en ese momento fuera difícil establecer

6 Archivo General de la Nación, Sala X, Legajo 4-1-6.

cuál iba a ser el provecho del enlace para cada una de las partes, lo cierto es que la pertenencia a una red siempre procura beneficios para aquellos que la integran, aunque conscientemente no se los persiga (Bourdieu 2011a, p. 222).

De hecho, la importancia de González dentro de este grupo parece haberse incrementado con el paso de los años. Hasta 1817, no había dudas de que la figura fuerte de la provincia era Bernabé Aráoz, quien se desempeñaba como gobernador desde 1814. Sin embargo, el regreso de Manuel Belgrano a la comandancia del Ejército Auxiliar del Perú en 1816 terminó siendo clave para que el líder tucumano se alejara del gobierno de la provincia. Como general en jefe del Ejército Auxiliar del Perú, Manuel Belgrano influyó en los congresales y el Director para que se procediese a reemplazar a Bernabé Aráoz por Feliciano de la Mota Bottello en la gobernación de Tucumán en 1817 (Morea 2013a, pp. 76–77). Por ello, entre 1817 y 1818, la figura y el influjo de Manuel Belgrano en la provincia y su región estuvieron fuera de discusión.

La crisis del poder central y de la autoridad del directorio permitió que comenzasen a aparecer los primeros síntomas de descontento en Tucumán, los cuales terminaron de hacerse visibles en 1819. Cuando el Ejército Auxiliar del Perú abandonó la provincia para dirigirse al Litoral a enfrentar a las fuerzas de López y Ramírez y sólo quedó en San Miguel una pequeña guarnición, la figura de González se tornó fundamental para las aspiraciones de regresar al poder de Bernabé Aráoz.

Jaimes Freyre (1911, pp. 9–19) sostiene que el movimiento que encabezaron los capitanes Abraham González, Felipe Heredia y Manuel Cainzo no buscaba separar a dicha provincia de la órbita del poder central, ni reposicionar a Bernabé Aráoz como su gobernador. Este historiador plantea que, si bien existían tendencias –que él denomina “federales”– desde 1813 en la provincia, sólo con la caída del Directorio y el Congreso en 1820 es que Tucumán, y sobre todo Bernabé Aráoz, darán muestras de autonomía política. Si lo afirmado por Jaimes Freyre es correcto, entonces no termina de quedar claro que buscaban los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú que se amotinaron. Lo cierto es que el mismo Aráoz fue la persona elegida por el Cabildo para hacerse cargo de la provincia, tras la separación de Mota Botello y el encarcelamiento de Manuel Belgrano y Domingo Arévalo. Y en la práctica Tucumán desconoció al Director Rondeau.

El regreso de Aráoz al gobierno le permitió a González ocupar nuevas posiciones en el contexto político provincial, ya que fue designado comandante de armas de la provincia, tras ser ascendido a coronel por el nuevo gobernador. Valentina Ayrolo ha señalado que, en algunas ocasiones, una “empresa matrimonial tiene como capital fundamental las relaciones que ambos cónyuges aportan” (1999, p.154). Entonces, si bien el matrimonio con Catalina fue de mucha importancia para González, ya que lo acercó a Bernabé Aráoz y a su red de relaciones, lo cierto es que este oficial también hizo su contribución. En este caso, González aportó las relaciones tejidas en el interior del ejército. Éstas resultaron significativas para el cambio de autoridades en Tucumán pero veremos que también para el inicio de su propia carrera política. Pero más allá de lo que podía aportar González al grupo de don Bernabé Aráoz, Catalina también

se veía beneficiada. No sólo por la legitimación social que le otorgaba su compromiso con la causa revolucionaria mediante el casamiento con un oficial revolucionario, sino que podemos intuir que este matrimonio también puede haber cambiado su posición relativa dentro del entramado familiar de los Aráoz.

Junto a los vínculos familiares, las relaciones jerárquicas no sanguíneas, pero también las igualitarias, como las tejidas dentro de una misma comunidad ideológica o con amistades, resultan fundamentales a la hora de abordar la trayectoria política de un individuo (Dedieu 1994, p. 324). Abraham González puede ser identificado como el líder de un grupo pequeño de oficiales del Ejército Auxiliar del Perú que intentó alcanzar preeminencia en la política tucumana, en el convulsionado contexto de la provincia a partir de 1819; grupo en el que Bernabé Aráoz también se apoyó para consolidar su poder. No sólo estuvo acompañado por Felipe Heredia y Manuel Cainzo, sino que también se integraron a las fuerzas provinciales José Francisco María Echauri, José Manuel Helgueros, Bernardo González, José Andrés Ferreyra, Celedonio Escalada, Fernando de la Oyuela y José María de la Oyuela, entre otros. Aunque no todos hayan sido figuras de relevancia, algunos de los integrantes de este grupo desempeñaron tareas importantes, entre 1819 y 1820, para la consolidación del poder de Aráoz cuando su autoridad aún estaba en discusión. Igualmente, el lugar que ocupó González dentro del gobierno de Aráoz fue de mucha mayor importancia. Pero para poder visualizar lo dicho, repasemos algunas trayectorias que nos permitirán contextualizar la actuación de González.

Luego del levantamiento de 1819, por ejemplo, Felipe Heredia fue enviado por los sublevados hacia Córdoba, al mando de una fuerza militar para asegurar la expansión de la rebelión, ya que, según afirma Mitre, el movimiento tenía ramificaciones en dicha provincia (Mitre 1942, III, p. 174). Sin embargo, su intervención no fue necesaria. Al producirse el motín de Arequito y conocerse que los restos del Ejército Auxiliar del Perú se dirigían hacia Córdoba y que el gobernador Castro había renunciado dejando el camino libre para la elección de Bustos, el capitán Heredia regresó a Tucumán con la fuerza que mandaba.

Gabriela Tío Vallejo (2011, p. 48) ha señalado que la constitución de 1820 –impulsada por Bernabé Aráoz–, que dio vida a la República de Tucumán, fue un intento de unir dos ámbitos de poder, el representativo y el ejecutivo - militar. Sin embargo, la unión de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca bajo la figura de Bernabé Aráoz fue efímera. En junio de 1820, Santiago del Estero proclamaría un gobierno autónomo. Bernabé Aráoz no permaneció inactivo ante los intentos de Santiago por separarse de Tucumán y Catamarca; entre las acciones emprendidas por el gobernador de La República de Tucumán, hubo espacio para que otro de los oficiales señalados interviniera en las disputas políticas regionales.⁷

7 Aunque en principio Catamarca se integró a la nueva unidad política conformada bajo la figura de Aráoz, es posible ver que simultáneamente la elite de este espacio iba dando los pasos necesarios para autonomizarse del gobierno de Tucumán (Ayrolo y Kloster 2013).

A mediados de enero de 1820, llegó a Santiago del Estero la pequeña fuerza que dio Aráoz como escolta al general Belgrano, quien marchaba hacia Buenos Aires. Al mando de esa fuerza iba el mayor Felipe Heredia, quien dejó, a su paso por Santiago, al capitán Juan Francisco María de Echauri al frente de 50 hombres. La presencia de este hombre buscaba apoyar a los sectores de la elite santiagueña partidaria de mantener a Santiago en la órbita de Tucumán, favorable a la elección de representantes para el Congreso que la constitución de la República del Tucumán establecía. Para justificar su intervención, Bernabé Aráoz se dirigía a los poderes provinciales y a los habitantes de la República del Tucumán de esta forma:

Al cabo de un año de paciencia, moderación, y sufrimiento me ha sido forzoso escuchar el clamor de la Junta, del honrado vecindario, d Santiago del Estero, de los habitantes de mi Prov.a, y del Publico interes, todo reunido demandaba el próximo cambio de algunas fuerzas de esta Repub.ca en auxilio de Santiago, ellos han marchado, y espero qe el resultado de sus operaciones llenará los deseos de todo buen ciudadano.⁸

Este grupo sacó provecho de la presencia de Echauri y sus hombres para deponer a los miembros del Cabildo y organizar otro Cabildo afín a la figura de Bernabé Aráoz. En el ínterin en que se producían estos sucesos, este último decidió designar a Echauri como teniente gobernador de Santiago del Estero, como una forma de reforzar la autoridad de este oficial y legitimar su actuación (Yaben 1939, 4, p. 255). Ante la mirada de las tropas del nuevo teniente gobernador, se intentó proceder a la elección de representantes para el Congreso que debía reunirse en San Miguel de Tucumán. Sin embargo, esta elección se frustró porque los miembros del Cabildo desplazados convocaron al comandante de frontera Felipe Ibarra y a sus tropas, del fuerte de Abipones, para que lo impidieran (Jaimes Freyre 1911, p. 51). Tras el enfrentamiento armado, Echauri tuvo que retirarse, derrotado, y los miembros repuestos del Cabildo designaron a Ibarra como nuevo teniente gobernador para luego separarse de Tucumán (Jaimes Freyre 1911, p. 52).

A pesar de este traspíe sufrido en Santiago del Estero, Juan Francisco María Echauri siguió teniendo un lugar importante en la consideración de Bernabé Aráoz. Desde su vuelta al gobierno, Echauri se había desempeñado como edecán del caudillo tucumano; y Aráoz corroboró la confianza que tenía depositada en él al ascenderlo, primero a sargento mayor el 25 de mayo de 1820 y luego a teniente coronel de caballería, el 24 de septiembre de ese mismo año (Yaben 1939, 4, p.255). Las fechas elegidas para otorgarle estos ascensos también nos permiten ver el rol de relativa importancia que ocupaba este oficial en la consideración del gobernador. El 25 de mayo y el 24 de septiembre eran celebraciones importantes para el pueblo tucumano. Sobre todo, esta última fecha, ya que se consagró como la que mejor resumía el protagonismo de Tucumán en la Revolución y la más propicia para resaltar los triunfos de las facciones gobernantes (Wilde 2011, pp. 100-101).

Aunque era el único que no había nacido en la zona, la figura de González parece haber estado siempre por encima de las de Felipe Heredia, Manuel Cainzo y José Francisco

8 AGN; Sala X, Legajo 5-10-5, Gobierno de Tucumán 1820-1833.

María Echauri (Heredia y Cainzo eran tucumanos y Echauri salteño). La misma actuación de González y las decisiones tomadas por Aráoz reconociendo la importancia de este oficial explican este liderazgo. Es cierto que también el rumbo elegido por algunos de los integrantes de este pequeño grupo de militares del Ejército Auxiliar, como la partida de Felipe Heredia hacia Salta, colaboraron a la hora de afirmar su figura.⁹ Sin embargo, lo que terminó de consolidar su posición y le permitió estar en condiciones de enfrentar a quien ayudó a volver al gobierno de Tucumán tuvo lugar poco tiempo después.

La República de Tucumán, ideada por Bernabé Aráoz, debió enfrentar no sólo los celos que su conformación generó en Buenos Aires, sino también la desconfianza de sus más inmediatos vecinos. Como ya vimos, Santiago del Estero resistió la intromisión de Aráoz y posteriormente se separó de Tucumán, transformándose en un estado autónomo. Sin embargo, en agosto de 1820, Aráoz decidió conformar otra fuerza militar que invadiera esta provincia para tratar de desplazar a Ibarra del poder y atender los reclamos de aquellos santiagueños que se encontraban disconformes con el gobierno de este último (Bazán 1985, p. 250). En este marco, Ibarra buscó el apoyo de Güemes para enfrentar a Aráoz, mientras destinaba a sus milicias para hacer frente a las tropas tucumanas, a las que finalmente derrotó el 11 de febrero de 1821 en el Palmar (Jaimes Freyre 1911, pp. 102-103). Pero la disputa no terminó ahí.

Entre marzo y abril de 1821, se desarrolló la fase álgida del conflicto de Tucumán con Santiago del Estero y Salta. Güemes le reclamaba a Aráoz su falta de apoyo para la campaña alto peruana, mientras que en Santiago los opositores de Aráoz, que se habían reunido en torno de la figura de Ibarra, denunciaban la intervención del presidente de la República del Tucumán en las elecciones santiagueñas desde diciembre de 1819 y en los asuntos internos en general. Si bien Tucumán y Santiago entablaron una guerra de aranceles aduaneros y procuraron intervenir uno en contra del otro, este diferendo terminó resolviéndose por medio de las armas (Tío Vallejo 2011, pp. 40-41). Fue ese contexto de belicosidad el que le abrió la puerta a Abraham González para terminar de acomodarse y llegar al poder en Tucumán. La invasión de Alejandro Heredia en marzo de 1821, al mando de una fuerza conjunta de salteños y santiagueños, que buscaba desplazar a Bernabé Aráoz del poder tucumano, fue la oportunidad para que González se destacara en el campo de batalla.

El éxito militar como trampolín al gobierno de Tucumán

Bernabé Aráoz había puesto las fuerzas tucumanas al mando del coronel de ejército Cornelio Zelaya, oriundo de Buenos Aires y veterano de las guerras de independen-

⁹ Felipe Heredia decidió alejarse de Tucumán y en septiembre de 1820 se encontraba integrado a las fuerzas salteñas del gobernador Güemes. A las milicias salteñas también se había sumado su hermano Alejandro Heredia, comandando las tropas que habían pertenecido al Ejército Auxiliar del Perú y que Juan Bautista Bustos había destinado para reforzar al gobernador de Salta en su lucha contra las fuerzas realistas (Yaben 1939, 4:61).

cia. Este dato no debe llamarnos la atención si tenemos en cuenta que, al igual que González, Zelaya contrajo matrimonio con una tucumana mientras formaba parte del Ejército Auxiliar del Perú y había decidido permanecer en esa provincia tras el motín de Arequito (Morea 2013b). Ante la difícil situación que debía enfrentar la República de Tucumán, Aráoz prefirió depositar el mando de sus fuerzas en alguien que hasta ese momento no se había integrado su gobierno, pero que parecía asegurarle una adecuada conducción de las tropas. El prestigio obtenido por Zelaya durante su carrera militar dentro del Ejército Auxiliar del Perú lo había posicionado como uno de los oficiales mejor formados que dio ese ejército. Además de haber dado sobradas muestras de valentía, se le reconocía la capacidad de instruir a sus subalternos y de conducirlos en el combate (Morea 2013a, p. 152). Estas cualidades son las que parecen haber influido para que Aráoz se inclinara por él. Contar con un jefe de probada reputación no parecía un dato menor si tenemos en cuenta que la conducción del ejército de Salta había recaído en otro veterano del Ejército Auxiliar del Perú, el coronel Alejandro Heredia.

Sin embargo, Zelaya no llegó a conducir las tropas tucumanas en combate. Alejandro Heredia le envió un ultimátum según el cual, si no dejaban libre el campo de batalla y se retiraban, él sería el responsable del derramamiento de sangre que siguiese. Frente a esto, Cornelio Zelaya decidió realizar una junta de guerra. De ésta surgió el pedido de convocar a un Cabildo abierto para discutir el ultimátum. Tal solicitud estaba dirigida al Presidente de la República de Tucumán y a la Primera Corte de Justicia y llevaba la firma de los principales oficiales del ejército tucumano como respaldo.¹⁰ Este planteo, y las sospechas que comenzaron a circular sobre la connivencia entre Cornelio Zelaya (Bazán 1985, p. 250) y Alejandro Heredia, llevaron a Aráoz a tomar la decisión de separar a Zelaya del mando y reemplazarlo por Abraham González.¹¹ Si bien el mismo González había firmado el petitorio, Bernabé Aráoz parece haber confiado en el líder del motín de 1819 que lo había devuelto al poder, más que en su nuevo general.

Como general en jefe del ejército de la República de Tucumán, González salió victorioso en el enfrentamiento que tuvo lugar el 3 de abril de 1821 en la batalla de Rincón de Marlopa. Tras este combate, el gobernador de Córdoba, Juan Bautista Bustos, terció entre los contendientes y se procedió a la firma del Tratado de Vinará que intentó restablecer las relaciones entre Tucumán y Santiago del Estero y puso fin al conflicto armado (Tío Vallejo 2011, p. 41). Según sostiene Jaimes Feryre (1911, p. 119), la paz de Vinará no resolvió los problemas originados por las ambiciones de Aráoz, sino que dio espacio para que Ibarra conspirara a fin de destituir a Aráoz, al mismo tiempo que González aparecía como posible rival del líder tucumano.

10 Archivo Histórico de Tucumán, Fondo Gobierno, Sección Administrativa, Volumen 28, Fojas 83, 88 y 89.

11 Las sospechas también recayeron sobre Heredia. Se lo acusaba de haber querido ganarse el apoyo de sus comprovincianos, dilatando el conflicto al entrar en negociaciones con ellos para permitirles a los tucumanos tomar ventajas en el campo de batalla. También se lo vinculó con el sector de la elite salteña que conspiraba para desplazar a Güemes del poder. Cfr. Pavoni 1981, l:25.

Luego del éxito militar obtenido en Rincón de la Marlopa, Abraham González parece haber tomado la decisión de separarse de su jefe y comenzar a buscar su propio rumbo dentro de la política provincial. En los meses siguientes, estuvo en contacto con aquellos tucumanos disconformes con el gobierno de Aráoz que se habían alejado de la provincia, pero también con Juan Felipe Ibarra. Del mismo modo, en torno al grupo liderado por Avellaneda y Tula, en Catamarca había ganado terreno la idea de la autonomía provincial, lo cual facilitaba una acción conjunta contra Aráoz (Ayrolo y Kloster 2013).

Apoyado en estos grupos, y principalmente en un sector de las fuerzas militares de la provincia, el 28 de agosto de 1821, Abraham González depuso a Bernabé Aráoz. Ejerció de manera interina el gobierno hasta el 3 de septiembre en que fue nombrado en propiedad por los vecinos de Tucumán (Tío Vallejo 2011, p. 41). En una carta al gobernador de Buenos Aires, González se hacía eco del descontento de una parte de la sociedad tucumana para justificar su actuación. Pero, además, planteaba que su intervención había sido necesaria a fin de asegurar que el reemplazo de Aráoz se hiciera de forma pacífica evitando, de esta manera, una situación violenta y caótica:

[...] aquel acontecimiento dictado por el clamor gral de los Pueblos de la Union, y especialmente por los de Santiago, Catamarca, Tucumán: los dos primeros en odio de la Union, cuando habian sacudido el yugo, y se habian sostenido a todo contra: Araoz, en Tucumán, era una piedra colocada a la boca de un bolcan a punto, que tarde ó temprano debia hacer su explosion por mil partes, por mil modos, y por diferentes manos se presentaba el descontento y la aproximacion de una rebuelta: hecha por otros, habria sido a consecuencias funestisimas, se hizo presidida por mi, sin el posible desorden, ó mas bien con un orden nada comun en los casos de su clase.¹²

Más allá de si la llegada de González evitó un cambio de gobierno violento, como sostiene en su carta, no hay dudas de que, una vez en el poder, intentó rodearse de hombres de confianza, para lo cual recurrió a sus propias redes de relaciones. Por esta razón, muchos oficiales que también formaron parte del Ejército Auxiliar del Perú, tuvieron un rol importante en la política y en la administración tucumana mientras González estuvo al frente de ella.

Los oficiales del Ejército Auxiliar en el gobierno de Abraham González

La decisión de González de desplazar a Bernabé Aráoz fue una apuesta arriesgada. Si, por un lado, podía concitar a su alrededor el apoyo de los sectores adversos al caudillo, por el otro, significaba la ruptura con los sectores bernabeístas¹³ a los que había estado integrado al menos desde 1819. Si las diferencias existentes entre los militares que apoyaban a Bernabé Aráoz permiten entender, en parte, que González se hiciera con el poder casi sin dificultades, esto no significa que su gobierno no haya encontrado resistencias y menos aún que recibiera apoyo unánime entre los comandantes militares

12 AGN; Sala X, Legajo 5-10-5, Gobierno de Tucumán 1820-1833.

13 Por Bernabé Aráoz.

de la provincia.¹⁴ De hecho, la coalición de oficiales que lo destituiría a los cuatro meses de hacerse con el poder es una muestra de lo que afirmamos.¹⁵

Consciente de la fragilidad de la posición en la que se encontraba, González buscó el apoyo de distintos sectores y actores de la elite tucumana, entre ellos, la de los sectores subalternos que integraban las fuerzas militares de la provincia. En principio, logró reunir una serie de figuras de la elite que le otorgaron cierto apoyo. El doctor Serrano, quien se había desempeñado como ministro de Aráoz, continuó al servicio de González y también el doctor Juan Bautista Paz, que había ocupado importantes posiciones en la República de Tucumán (1820-1821), como por ejemplo ministro de la Primera Corte (Jaimes Freyre 1911, pp. 123-124). A su vez, para un mejor control de la campaña, González, junto al Cabildo de San Miguel, nombraron nuevos alcaldes de Hermandad, por ejemplo, en los partidos de Los Juarez y Burruyacú.¹⁶

Pero no fue su única estrategia para sostenerse en el poder. Abraham González trató de presentarse como el opuesto de Aráoz y, por esta razón, intentó aceitar sus relaciones con el gobernador de Santiago del Estero (Jaimes Freyre 1911, p. 136). Además, impulsó la pronta elección del diputado que debía representar a Tucumán en el Congreso que había sido convocado en Córdoba, para granjearse la simpatía de Juan Bautista Bustos. A su vez, se proclamó centralista y contrario a las figuras de Güemes, Ramírez, Artigas y Aráoz para suscitar apoyos a su gobierno por parte de la administración que en Buenos Aires encabezaba Martín Rodríguez (Jaimes Freyre 1911, p. 137). Sin embargo, ante las dificultades que experimentaba para apuntalar su autoridad, González intentó sostenerse como gobernador apoyándose, además, en algunos viejos conocidos del Ejército Auxiliar del Perú.

En la sublevación de 1819 se evidenció una red de relaciones entre los integrantes del Ejército Auxiliar del Perú que hizo posible llevar adelante el derrocamiento de las autoridades. En el gobierno de González, también es posible observar cómo los lazos tejidos entre los oficiales de esta fuerza servían al nuevo gobernador tucumano para hacerse de apoyos con los cuales tratar de mitigar su ruptura con los bernabeistas y consolidar su autoridad. Esta estrategia no era ninguna novedad en el territorio tucumano: sabemos por Tío Vallejo el importante rol que tenían las facciones de militares en la política tucumana de esos años y que muchas veces éstas se ponían de manifiesto en los procesos electorales (Tío Vallejo 2001, p. 336).

14 En la misma carta al gobernador de Buenos Aires que citábamos anteriormente, González le confesaba a Martín Rodríguez que estaba intentando negociar con algunos de los integrantes de la administración anterior, sobre todo algunos comandantes de campaña, para que reconociera al nuevo gobierno y depusieran su actitud hostil. AGN; Sala X, Legajo 5-10-5, Gobierno de Tucumán 1820-1833

15 El gobierno de González fue muy breve: tuvo lugar entre el 3 de septiembre de 1821 y el 8 de enero de 1822. Fue desplazado del poder por otro movimiento militar conducido por Gerónimo Zelarrayán, del que participaban varios coroneles y tenientes coroneles de las fuerzas tucumanas y cuyos verdaderos líderes eran los coroneles Javier López y Diego Aráoz.

16 Archivo Histórico de Tucumán, Fondo Cabildo, Volumen 10, Folio 268 y 270.

En esta nueva aventura, a González lo acompañaban oficiales que ya habían participado del gobierno de Aráoz, como José Francisco María Echauri o José María de la Oyuela, a los que se incorporaron otros que hasta ese momento se habían mantenido al margen, como es el caso de Juan José D'Auxión Lavaysse o Felipe Bertrés. Estos dos oficiales, además de haber sido parte del Ejército Auxiliar, compartían la peculiaridad de ser extranjeros que se habían incorporado a las fuerzas de la revolución y que habían decidido arraigarse en el Río de la Plata. Lavaysse se había casado con una de las hijas de Pedro Isnardi, figura importante de la elite santiagueña, y Bertrés estaba vinculado con una tucumana de apellido Caínzo (Morea 2013b). Además de sumar al gobierno de González apoyos y relaciones dentro de la misma sociedad tucumana, aportaron un conocimiento y una formación específica en el campo de la prensa y también en ciertas ramas útiles de la administración, como las mediciones topográficas o la educación (Morea 2013a). Las incorporaciones de los doctores Serrano y Paz, pero sobre todo las de estos dos militares extranjeros, apuntaban reforzar la autoridad del gobierno sumando hombres con redes propias, es decir, con un capital social importante, y también con conocimientos específicos, esto es, con capital cultural y simbólico (Bourdieu 2011a, p. 221).

Mientras Lavaysse tuvo la responsabilidad de publicar y editar el nuevo periódico oficial, "El Restaurador Tucumano", Bertrés fue puesto a cargo del departamento topográfico de la provincia. Igualmente, estos hombres no tuvieron el mismo peso dentro del gobierno de González. José D'Auxión Lavaysse y Juan Francisco María Echauri cumplieron un rol muy importante en la construcción política que intentó realizar el nuevo gobernador. También José María de la Oyuela desarrolló funciones importantes dentro de este esquema.

D'Auxión Lavaysse fue el encargado de justificar ideológica y discursivamente no sólo el reemplazo de Bernabé Aráoz por Abraham González, sino también los proyectos políticos futuros del nuevo mandatario. Desde la publicación del primer número de "El Restaurador Tucumano", trató de legitimar a las nuevas autoridades. Lavaysse fustigó a la República instaurada por Bernabé Aráoz y criticó la constitución y el congreso que la había sancionado. Desde el lema mismo del periódico, "Unidad - Congreso - Cooperación con el ejército del Perú", se buscaba marcar diferencias con lo que había sido el gobierno anterior y señalar cuál era el horizonte político al que se aspiraba: la construcción de un estado de corte centralista, la necesidad de llevar adelante un congreso de todas las provincias y de colaborar con el esfuerzo de guerra para culminar con la presencia española en América del Sur. Pero también intentó debilitar la imagen de Aráoz a través del ataque a su figura y a la de algunos de sus principales colaboradores (Nanni 2012, pp. 86-87).

José María Oyuela también desempeñó una tarea de relevancia a la hora de intentar consolidar el gobierno de González, aunque no dentro del contexto provincial. Una de las primeras medidas del nuevo gobernador, fue enviar a este militar como representante de su gobierno ante Martín Rodríguez, nuevo mandatario de la provincia

de Buenos Aires.¹⁷ Como vimos anteriormente, Oyuela había sido parte del Ejército Auxiliar del Perú, tuvo una activa participación en el motín de 1819 y, como muchos de sus compañeros que participaron de esa asonada, se incorporó a las fuerzas provinciales tucumanas durante el gobierno de Aráoz. En 1821 volvería a tomar partido por González y lo acompañaría en su levantamiento contra don Bernabé. Quizás haya sido el hecho de haberlo secundado en ambos movimientos lo que llevó a Abraham González a delegar en Oyuela una tarea tan importante como era la de asumir la representación y la defensa del nuevo gobierno tucumano ante las autoridades de Buenos Aires.

Desde su llegada a la primera magistratura de la provincia, el nuevo gobernador debió hacer frente a las conspiraciones que buscaban desplazarlo del poder. Muchos de los militares de la provincia que habían sido partidarios de Aráoz, pero también algunos más alejados de la figura del caudillo tucumano, se mostraron reacios a reconocer a González como gobernador y se transformaron en la principal preocupación del mandatario. Algunas de estas conjuraciones fueron encabezadas por los comandantes de campaña, como José Manuel Helguero, también oficial del Ejército Auxiliar del Perú, quien se había sumado las fuerzas provinciales en 1819 (Jaimes Freyre 1911, p. 139). Por eso intentó reducir su influencia apresándolos. Sin embargo, esta cuestión no resultó sencilla por la influencia que tenían en la provincia, lo que les facilitaba evadir el arresto:

Creo interesante que en las circunstancias a que se ve reducida la Provincia con la fuga en Santiago del Coronel Dn Javier Lopez, el de la misma clase Dn José Carrasco, Teniente Coronel Dn Diego Araoz y Sgto Mayor Jose Ignacio Helguero; debo indagar la opinión de los hombres sensatos del País para que meditando con calma todos los males que pueden gravitar sobre el Pueblo, los medios en que debo valerme, y cuanto demás crean conveniente y me digan francamente su opinión.¹⁸

El enfrentamiento no respondía a ninguna situación conflictiva previa, sino a una disputa política entre los principales militares tucumanos. Estos comandantes competían por el poder ante el ocaso de la figura de Bernabé Aráoz. Con muchos de ellos, como Javier López o Diego Aráoz, Abraham González había compartido los campos de batalla en los enfrentamientos de Bernabé Aráoz con Ibarra y Güemes. Incluso, tras la batalla de Rincón de la Marlopa, fue muy elogioso con algunos de estos oficiales en su parte de batalla:

No tengo ojos pa llorarle imitando a V.E. ni hallo expresiones Exmo Sor pa realzar el valor y firmeza con qesehan distinguido áporfia todos los Xefes, comandantes, oficiales y soldados de este virtuoso y heroico Exto (...): los coroneles Dn Juan Francisco Lobo, Dn Geronimo Zelarrayán, y Dn Javier Lopez (...) y últimamente, el meritorio Edecán de V.E. Juan Francisco Echaury. (Instituto Ravignani, p. 12)

17 Es posible encontrar correspondencia que certifica este encargo en AGN; Sala X, Legajo 5-10-5, Gobierno de Tucumán 1820-1833.

18 Archivo Histórico de Tucumán, Fondo Gobierno, Sección Administrativa, Volumen 28, Foja 312.

Sin embargo, la mayoría de estos militares se constituyeron en sus principales adversarios. Ante este panorama complejo, González siempre se mostró confiado en tener la fortaleza suficiente para afrontar el embate de sus adversarios: "...La fuerza que mando es sin duda bastante para sofocar á esos pocos aspiradores..."¹⁹ El gobernador confiaba en el apoyo que le brindaba José Francisco María Echauri, a quien había ascendido a coronel de caballería al momento de asumir la gobernación y que terminó revelándose como el principal sostén militar de su gobierno (Yaben 1939, 4, p. 255).

A diferencia de las relaciones de González con Javier López y Diego Aráoz, la existente con Echauri se remontaba en el tiempo, por lo menos a 1815. Estaba sustentada no sólo en su pasado común como oficiales de las fuerzas de Aráoz, sino en el vínculo forjado en el Ejército Auxiliar del Perú. Tras la derrota sufrida por el Ejército Auxiliar en Sipe-Sipe en noviembre de 1815, Abraham González permaneció en el hospital montado en la ciudad de Jujuy hasta que se recuperó y se reintegró al ejército en 1816. En esa ciudad se desempeñaba como ayudante mayor de la plaza José Francisco María Echauri, quien había sido destinado a esa función por órdenes de José Rondeau, general en jefe del Ejército Auxiliar, en enero de 1815. Echauri permaneció en dicha función al menos hasta 1817, fecha en que vuelve a figurar en las situaciones de revista del Estado Mayor del Ejército Auxiliar del Perú, entonces acantonado en Tucumán (Yaben 1939, 4, p. 255). A partir de ese momento, estos dos hombres volvieron a encontrarse.

Aunque no podamos afirmar categóricamente que ambos hayan confraternizado amablemente en Jujuy o, con posterioridad, en San Miguel de Tucumán, ya que no existe correspondencia, memorias o autobiografías que así lo prueben, es posible pensar que entre ellos existía un vínculo de amistad o compañerismo sólido. Por eso, no es extraño que Echauri haya sido aquel comandante que se mantuvo al lado de González hasta el último momento de su gobierno. Cuando el gobernador salió hacia la localidad de Lules, a enfrentar a sus adversarios que se concentraban en la campaña, Echauri fue designado por González para defender la ciudad de Tucumán. A la postre, terminó siendo quien ofreció la resistencia más tenaz contra las tropas que lideraban López, Aráoz y Zelarrayán. Finalmente, nada pudo hacer para revertir la derrota de su jefe y tuvo que rendirse tras los enfrentamientos que se produjeron entre el 7 y el 8 de enero de 1822 en la ciudad. El final del gobierno de González también significó el alejamiento de Echauri de Tucumán, ya que, a partir de ese momento, se radicó en Salta, de donde eran oriundos él y su esposa. Allí se incorporó a las fuerzas militares provinciales durante el gobierno de Álvarez de Arenales.

La salida de González del gobierno puso en evidencia que las fuerzas armadas tucumanas, con su alto grado de inorganicidad y sus volátiles lealtades, eran la base de la gobernabilidad en la provincia. El entendimiento con los jefes militares en esos años era fundamental, ya que fueron ellos los que llevaron adelante los alzamientos, apoyando a uno u otro jefe (Tío Vallejo 2001, p. 342). Para que un levantamiento lograra

19 Archivo Histórico de Tucumán, Fondo Gobierno, Sección Administrativa, Volumen 28, Foja 312.

triunfar en Tucumán, era necesario contar con apoyo militar, y a la larga se demostró que González no recibió el respaldo necesario para su gobierno, por lo que no logró afirmarse en el poder.²⁰

Tras ser derrotado por López y Aráoz, Abraham González no sólo se vio obligado a abandonar Tucumán, sino que su estrella se apagó. Luego de haber sido durante casi dos años una figura importante de la política tucumana, desapareció de la escena política y militar. Tras ser liberado en la provincia de Córdoba de la prisión a la que había sido sometido momentáneamente, se dirigió a Buenos Aires. En esta provincia residió el resto de su vida y, salvo su integración a la Plana Mayor Inactiva de las tropas de las fuerzas bonaerenses en 1834, poco es lo que sabemos sobre él.

A MODO DE CIERRE

La sublevación militar de 1819 y lo ocurrido en 1821, tras la batalla de Rincón de La Marlopa, ponen en evidencia lo dicho por Halperin Donghi sobre la ventaja que tenían, en el contexto revolucionario rioplatense, los militares con manejo efectivo de tropa a la hora de acceder a los cargos políticos. La posibilidad de movilizar hombres en su apoyo, cuestión que estaba más restringida para muchos de sus rivales políticos, podía inclinar la balanza a su favor (Halperin Donghi 1972, p. 212-214). Esta cuestión resultó central en la “carrera de la revolución” de muchos oficiales y, como vimos, lo fue también para González. Sin embargo, no fue el único recurso de este militar de las guerras de independencia y quizás tampoco el más importante.

Las modelizaciones, o la construcción de tipos ideales, no pretenden ser recortes exactos de la realidad, sino instrumentos que nos permitan detectar algunas regularidades de la sociedad, sujetos o actores que se pretende analizar. Entonces, si bien no podemos resumir la construcción de carreras políticas a la trayectoria de González, lo cierto es que numerosos oficiales del Ejército Auxiliar del Perú lograron insertarse en las estructuras de poder provinciales utilizando otros recursos además de la movilización de hombres armados. Para algunos de ellos, las redes de relaciones tejidas hacia dentro de esta fuerza militar y con miembros de las elites de los pueblos y las ciudades con los cuales interactuaban resultaron fundamentales. Para otros, los conocimientos militares y el prestigio adquirido durante las guerras de independencia fueron la clave de ingreso a la política.

En el caso de Abraham González, no hay dudas que la vinculación a una de las familias más importantes de la elite local, por medio del matrimonio, resultó central en la construcción de su carrera y, si repasáramos otras trayectorias, encontraríamos que no fue el único caso. Si este personaje hasta 1819 no había llamado la atención de sus contemporáneos, el motín que lideró ese año contra las autoridades en Tucumán le

20 Para ver la importancia del control sobre las fuerzas militares provinciales respecto de la estabilidad del gobierno en Tucumán, se puede consultar Macías 2010.

dio una visibilidad inusitada. Este contexto puso en evidencia su integración a la facción bernabeista –por su matrimonio con Catalina Lamadrid y Aráoz– pero también el hecho de que tenía una ascendencia importante sobre sus propios compañeros de armas. A pesar de no ser tucumano, logró posicionarse muy bien durante el gobierno de Aráoz y, desde ese lugar, lanzarse a la gobernación, enfrentado a quien había ayudado a volver al poder. Por ello, cabe preguntarse si el lugar de nacimiento era, en aquel momento, un dato biográfico significativo.

Si su permanencia en el gobierno fue breve, esto no se debía tanto a la fragilidad de sus vínculos y redes de relaciones tucumanas o del Ejército Auxiliar del Perú, como a lo agitado que resultó el mismo contexto político de la provincia. La destitución de Feliciano de La Mota Botello y luego la desaparición del poder central abrieron las puertas para las disputas entre los personajes más importantes de la elite local. Javier López y Diego Aráoz, aquellos que enfrentaron y desplazaron del poder a González, terminaron enfrentados con el propio Bernabé Aráoz, al que reinstalaron en el gobierno tras la salida de González. Pero la conflictividad política también los arrastró a ellos: terminaron disputándose el control de la provincia entre 1822 y 1825 y sólo a partir de ese año lograron sellar el acuerdo que le permitió a Javier López transformarse en gobernador de Tucumán. No obstante, esto no significó el fin de las disputas en la elite tucumana por hacerse con el poder en la provincia, como queda en evidencia al repasar los años posteriores.

Entre la crisis del proyecto revolucionario y la afirmación de las autonomías provinciales, Abraham González construyó una carrera política en el espacio tucumano. Aunque sus ambiciones políticas quedaron truncas y su gobernación concluyó de forma abrupta, no conviene desdeñar el análisis de su trayectoria o considerar que fracasó en su empeño de convertirse en una figura influyente, en función de la brevedad de su gobierno.

En el camino que le permitió llegar a la cima del poder en Tucumán, resultó fundamental el *capital social* adquirido por González en esos años. Fue a partir de él, es decir, de las relaciones personales tejidas como oficial del Ejército Auxiliar del Perú con sus propios compañeros de armas, pero también con la elite tucumana, que logró recorrer y construir con éxito su “carrera de la revolución”.

BIBLIOGRAFÍA

- AYROLO, V., 2008. Hombres Armados en lucha por el Poder. Córdoba de la Pos Independencia. *Estudios Sociales*, nº 35, pp. 17-35.
- AYROLO, V. y M. Kloster, 2013. Catamarca en la ‘República del Tucumán’. El espacio de frontera y los prolegómenos de la autonomía (1814-1821). En: I^{er} Congreso Internacional. Nuevos Horizontes de Iberoamérica, Mendoza.
- AYROLO, V., A.L. Lanteri y A. Morea, 2011. Repensado La ‘Carrera de La Revolución’. Aportes a la discusión sobre las trayectorias políticas entre la Revolución y la Confederación (Argentina, 1806-1861). *Estudios Históricos - CDHRP*, nº 7.

- BAZÁN, A. R., 1985. *Historia del Noroeste Argentino*. Buenos Aires: Plus Ultra. 438 p.
- BERTRAND, M., 2004. Faire carrière aux Indes de Castille? Les aléas du Rêve colonial chez les officiers du roi en Nouvelle Espagne (XVII^e - XVIII^e siècles). *Histoire, Économie et Société*, 23 (n° 4).
- BOURDIEU, P., 2011a. El capital social. En: P. BOURDIEU, *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI. pp. 221-24.
- 2011b. Los tres estados del capital cultural. En: P. BOURDIEU, *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI. pp. 213-20.
- BRAGONI, B., 2005. Guerreros virtuosos, soldados a sueldo. Móviles de reclutamiento militar durante el desarrollo de la Guerra de Independencia. *Dimensión Antropológica*, n° 35, pp. 19-53.
- 2008. Al acecho del Orden Sanmartiniano. Cuyo después de 1820. En: R. FRADKIN y J. GELMAN, *Desafíos al Orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*. Rosario: Prohistoria. pp. 103-129.
- CUTOLO, V. O., 1970. *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, vol. 2. 5 vols. Buenos Aires: Elche.
- DEDIEU, J. P., 1994. El grupo personal político y administrativo español del siglo XVIII. En: P. CARASA SOTO, *Elites. Prosopografía contemporánea*. Valladolid: Universidad de Valladolid Editora. pp. 315-327.
- DI MEGLIO, G., 2006. ¡Viva el bajo pueblo! *La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución y el Rosismo*. Buenos Aires: Prometeo Libros. 540 p.
- FRADKIN, R., 2008. La conspiración de los sargentos. Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816. En: S. MATA y B. BRAGONI, *Entre la colonia y la república. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*. Buenos Aires: Prometeo Libros. pp. 169-191.
- 2010. Las formas de hacer la guerra en el Litoral rioplatense. En: S. BADIÉRI, *La historia económica y los procesos de Independencia en la América Hispana*. Buenos Aires: Editorial Prometeo. pp. 137-156.
- HALPERIN DONGHI, T., 1972. *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI. 404 p.
- INSTITUTO RAVIGNANI, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1961. Archivo del Brigadier General Juan Facundo Quiroga (1821-1822). Universidad de Buenos Aires.
- JAIMES FREYRE, R., 1911. *Historia de La República de Tucumán*. Buenos Aires: Imprenta Coni. 198 p.
- MACÍAS, F., 2008. El Servicio de armas ciudadano. Ejército provincial y cuerpos cívicos en Tucumán - Argentina en tiempos de la Confederación Rosista (1832-1852). *Revista Rábida de Ciencias Sociales, s/d*.
- 2010. Poder ejecutivo, militarización y organización del Estado provincial. Tucumán en los inicios de la Confederación Rosista. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 32, pp. 69-106.
- MATA, S., 2004. Salta y la Guerra de Independencia en los Andes Meridionales. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, n° 41, pp. 223-245.
- 2008. Pisanaje, insurrección y Guerra de Independencia. El conflicto social en Salta, 1814-1821. En: R. FRADKIN y J. GELMAN, *Desafíos al Orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*. Rosario: Prohistoria. pp. 61-82.
- MÍGUEZ, E., 2003. Guerra y orden social en los orígenes de la nación Argentina, 1810-1880. *Anuario IHES*, n° 18, pp. 17-38.
- MITRE, B., 1942. *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, vol. III. 4 vols. Buenos Aires: Talleres Gráficos Rodolfo Buschi.
- MOREA, A., 2011. El proceso de profesionalización del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia. *Quinto Sol*, n° 15, vol. 2, pp. 73-96.
- 2012. El Ejército Auxiliar del Perú y la gobernabilidad del interior, 1816-1820. *ProHistoria*, año XV, n° 18, pp. 26-49.
- 2013a. De militares a políticos. Los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú y la carrera de la revolución, 1816-1831. Tesis de Doctorado, Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN).
- 2013b. Matrimonios y algo más. Vínculos y estrategias en la construcción de carreras políticas de los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú, 1816-1830. En: A. L. LANTERI, *Actores e identidades en la construcción del Estado nacional (Argentina, siglo XIX)*. Buenos Aires: Teseo. pp. 27-61.

- 2013c. Soldados para la Independencia. Algunas notas sobre las características del cuerpo de oficiales del Ejército Auxiliar del Perú. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en Línea]. [tp://nuevomundo.revues.org/65195](http://nuevomundo.revues.org/65195); DOI : 10.4000/nuevomundo.65195.
- MUSEO MITRE, 1917. *Documentos del Archivo de Belgrano*. Coni Hermanos.
- MYERS, J., 1999. Una revolución en las costumbres: Las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860. En: F. DEVOTO y M. MADERO, *Historia de la vida privada en Argentina*. Buenos Aires: Taurus. pp. 110-145.
- NANNI, F., 2012. *Uniformar la opinión. La construcción de un orden republicano en Tucumán. 1820-1852*. Tesis de Doctorado, Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- PAVONI, N., 1981. *El Noroeste argentino en la época de Alejandro Heredia*, vol. I. Tucumán: Ediciones Fundación Banco Comercial del Norte.
- RABINOVICH, A. M., 2012. La militarización del Río de la Plata, 1810-1820: Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 37, pp. 11-42.
- TÍO VALLEJO, G., 2001. *Antiguo Régimen y Liberalismo, Tucumán, 1770-1830*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. 403 p.
- 2011. *La república extraordinaria. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria.
- WILDE, A. C., 2011. Representaciones de la política posrevolucionaria. Un acercamiento a la liturgia republicana (1810-1853). En: G. TÍO VALLEJO, *La república extraordinaria. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria. pp. 79-145.
- YABEN, J., 1939. *Biografías argentinas y sudamericanas*, vol. 4. 5 vols. Buenos Aires: Metrópolis.